

EL HABITO DE FUMAR ENTRE LOS AONIKENK*

THE SMOKING HABIT AMONG THE AONIKENK

MATEO MARTINIC B.**

RESUMEN

Una de las primeras y más duraderas consecuencias de la relación establecida entre los europeos y los aónikenk (aborígenes de la Patagonia meridional oriental), durante el siglo XVIII, fue la adopción por parte de éstos del hábito de consumo de tabaco. En este artículo se da cuenta del origen, desarrollo y significado de esta costumbre social, así como se informa también sobre los tipos y características de las pipas empleadas por los indígenas, objetos cuya elaboración formó parte de su acervo artesanal y que llegaron a ser muy estimados por sus dueños.

SUMMARY

One of the first and more everlasting consequences of the relation established among the Europeans and the Aonikenk (aborigins of Southeastern Patagonia) during the XVIII Century was their adoption of the tobacco usage. This article reports on the origin, development and significance of this social custom, and also informs on the types and characteristics of the pipes employed by the indians, objects whose manufacture formed part of their craftsmanship heritage and which became highly treasured by their owners.

CONOCIMIENTO DEL TABACO Y ADQUISICION DE LA COSTUMBRE DE FUMAR

Al parecer, está fuera de toda duda que los indígenas de la Región Magallánica desconocían la costumbre de fumar, con tabaco u otros componentes vegetales, antes de la llegada de los europeos al territorio. No existe hasta el presente referencia testimonial alguna ni manifestación arqueológica que pruebe lo contrario. Así, el conocimiento de esta práctica originaria de otras regiones de América

debió arribar con los navegantes foráneos una vez que el hábito de fumar se generalizó en Europa, lo que ocurrió a lo largo del siglo XVII. De todos los pueblos australes con los cuales aquéllos pudieron tratar y a los que, por tanto, pudieron transmitir algunas costumbres, es un hecho que fueron los aónikenk los primeros en conocer el tabaco y en adoptar, por consecuencia, la costumbre de fumar.

Aunque existe constancia de que John Narborough embarcó en su nave *Sweepstakes* para su expedición al estrecho de Magallanes de 1669-70, entre otros diversos materiales, una provisión de tabaco de hoja en rollo y de pipas para fumar "para introducir amistad y comercio con los indios del Estrecho" (Barros, 1988), se sabe igualmente que ese navegante no consiguió trabar relación con los

* Financiado parcialmente por el Proyecto de Investigación N° F3-02H-88, Universidad de Magallanes.

** Area de Historia, Instituto de la Patagonia, Universidad de Magallanes. Casilla 113-D, Punta Arenas, Chile.

patagones no obstante haber recalado en su búsqueda en distintos puntos de la costa nororiental del gran canal durante su viaje de retorno en 1670. De allí que, procedería atribuir la introducción de la costumbre de que se trata a uno o más de los costeros navegantes que pasaron por el Estrecho a contar del último tercio del siglo XVII y hasta promediar el siguiente.

En el hecho, nuestra presunción apunta hacia las tripulaciones de las naves francesas que recalaron ocasionalmente en la bahía de San Gregorio y otros puntos del litoral septentrional durante el extenso lapso en que tuvo vigencia la actividad mercantil gala en el Pacífico sudoriental y que se extendió entre 1698 y 1724. Así, consta fehacientemente, entre otros, el fondeo en San Gregorio en 1704 de las naves *Jacques* y *Saint Pierre*, cuyas tripulaciones avistaron indígenas y posiblemente también trataron con ellos. Si no fueron los franceses, debió serlo algún otro de los escasos navegantes que se internaron por las aguas fretanas en aquella época y de cuyas singladuras no hay referencia, pues debe tenerse presente que este período se encuentra insuficientemente documentado.

Como haya sido, al encontrarse el comodoro John Byron en diciembre de 1764 con los aónikenk en punta Daniel, pudo advertir la primera evidencia del hábito de que se trata: "Uno de los hombres me mostró el tazón de una pipa de tabaco hecha con una especie de tierra roja pero ellos no tenían tabaco, sin embargo me dio a entender que necesitaba un poco" (1990:47), petición que los ingleses no demoraron en satisfacer.

Más abundantes fueron las referencias que dejaron los franceses de la flotilla comandada por Louis Antoine de Bougainville que visitaron el Estrecho en distintas ocasiones entre 1766 y 1768, tocando para el efecto en varios lugares, entre ellos en la bahía de San Gregorio, que es el que interesa. De esa manera, comprobaron que los indígenas empleaban la palabra *pito* para identificar la pipa de fumar, del mismo modo como notaron el gran interés de aquéllos por procurarse tabaco bien como regalo, bien trocándolo por sus manufacturas de piel. Para entonces la fumada se había incorporado al ceremonial de la hospitalidad y en tal caso la pipa circulaba de boca en boca.

Como dato curioso cabe mencionar el hecho acaecido durante una visita contemporánea, la del navegante inglés Samuel Wallis, quien durante su contacto con los patagones del estrecho de Magallanes les ofreció cigarros, especie que éstos rechazaron por no ser de su agrado.

Para entonces y durante un lapso que se prolongaría quizá hasta los comienzos del siglo XIX, el fumar en pipa era y proseguiría siendo un hábito definitivamente incorporado a las formas de

vida aónikenk, del que participaban hombres, mujeres y niños. Dada su procedencia, el empleo del tabaco por estos aborígenes debiera entenderse para esta época a la manera que lo hacían los europeos, esto es, como entretenimiento y estimulante. Va de suyo que el hábito pudo desarrollarse en tanto se disponía de la yerba y de pipas, de allí que -una vez aficionados los indígenas al tabaco como al consumo coetáneo de licor-, estuvieran atentos al paso de los navegantes, procuraran llamar su atención y pidieran invariablemente uno y otro productos.

Esta primera fase histórica del hábito de fumar entre los aónikenk fue seguida, a partir de los inicios del siglo XIX, por otra en que se incorporó a su cultura una nueva forma de practicarlo, ahora a la usanza mapuche.

Basándonos en Antonio de Viedma, esforzado funcionario real al que se debe la fundación de la Colonia Floridablanca (bahía de San Julián, 1782), quien conoció en profundidad a los indígenas de la comarca (tehuelches meridionales boreales), podemos afirmar que éstos como aquellos pertenecientes a las otras parcialidades étnicas con que trató durante su permanencia no conocían el uso del tabaco y por tanto carecían de utensilio para ello. En efecto, no hay en su acuciosa, completísima y fidedigna descripción de los indígenas del norte del río Santa Cruz mención alguna sobre la materia. Ello nos permite entender que para entonces éstos no habían recibido el influjo cultural mapuche, menos todavía los aónikenk (tehuelches meridionales australes), que habitaban al sur del gran curso fluvial sudpatagónico.

El uso ecuestre, que de manera tan profunda modificaba a la sazón las culturas tradicionales de los indígenas meridionales, alcanzaría su plena vigencia en los comienzos de la centuria decimonona, época para la que se registraba la abundancia y por tanto la disponibilidad de cabalgaduras. En consecuencia, por ese mismo tiempo se fueron extendiendo los desplazamientos territoriales (al norte del río Santa Cruz, para los aónikenk), iniciándose las relaciones con otras etnias que ya recibían la influencia cultural mapuche, o incluso con los propios integrantes de esta misma cultura.

Así aquéllos fueron familiarizándose con costumbres extrañas, que asumieron paulatinamente como propias. Entre estas estuvo el hábito de fumar a la usanza de los mapuches, ahora más bien como una expresión de carácter ritual. En efecto, como lo menciona Guevara, uno de los mejores conocedores de las costumbres de los indígenas prehispánicos de Chile, aquéllos fumaban en sus fiestas y reuniones oficiales, pero particularmente en ceremonias mágicas y en las prácticas chamánicas (1929:386). Es seguro, incluso, que bajo este influjo cobrara fuerza el sentido excitante y embriagador

del consumo del tabaco.

La nueva forma trajo consigo la sustitución de las frágiles pipas de caolín de procedencia foránea hasta entonces utilizadas, por otras de factura indígena elaboradas en piedra, arcilla o madera, que los mapuches habían recibido a su tiempo, durante el siglo XV, como aporte cultural de los incas durante la expansión territorial del Tahuantinsuyo hasta las fronteras étnicas de aquéllos. Del mismo modo, la mezcla del tabaco con raspaduras vegetales que, en el caso de los aónikenk, se obtenía del tallo o tronco del calafate (*Berberis buxifolia*), planta que posee varios compuestos, entre otros la berberidina, la calafatina y dos derivados de la morfina, cuyas características o propiedades estimulantes eran conocidas por la experiencia de generaciones¹.

El misionero suizo Jorge Claraz, refiriéndose a su convivencia con los indígenas durante su viaje exploratorio por tierras del Chubut, menciona la costumbre de los mismos de mezclar "el tabaco con un poco de madera" (1988:88). Musters a su tiempo observó que cuando faltaba el tabaco a los tehuelches, éstos empleaban como sucedáneo una hierba que obtenían de los araucanos, la conocida pitra o petrem (*Myrceugenia pitra*), que se empleaba mezclada con madera triturada o con tallos de yerba mate (1964:250). Está claro que, en uno y otro caso, la "madera" o "madera triturada", no debía ser otra cosa que las raspaduras de algún arbusto con bien conocidas propiedades estimulantes, como era el caso del calafate para los aónikenk.

En este respecto cabe abundar para explicar la amplia aceptación y rápida difusión de esta forma de fumar en el mundo aborigen -y en alguna medida, en lo tocante a los aónikenk, para comprender la preferencia que éstos eventualmente pudieron darle a la misma por sobre la forma adoptada de los europeos-, respecto de la proclividad de los indígenas del sur de América, como de otras regiones del continente, por los productos excitantes o estimulantes, como se verá en el punto siguiente. Ello parecía responder a una verdadera compulsión anímica más que fisiológica, que incitaba a la búsqueda y al consumo de aquellos productos naturales que podían satisfacer sus ansias. Tal vez aquí pueda estar la explicación del consumo abusivo de bebidas espirituosas en algunas etnias con resultados estragadores para su supervivencia cultural y física.

El efecto que producía en los indígenas el

consumo del tabaco, con retención prolongada de humo en los pulmones, era el de una verdadera embriaguez, incluso con estados convulsivos, intoxicación que además les provocaba un enajenamiento del ánimo que les resultaba placentero en extremo, lo que explica la verdadera adicción en que cayeron.

FORMA DE FUMAR

La revisión de los testimonios y referencias que se dan en los antecedentes etnohistóricos resultan de primera un tanto confusos para conocer la forma en que fumaban los indígenas, pues si algunos informantes, los menos (Arms y Coan, Bourne, Musters), describen el hecho con algún detalle, significando así su importancia, otros en cambio (Schmid, Jiménez de la Espada, Cox, Beerbohm, Ibar, Moreno, Lista y Roncagli), lo mencionan apenas, casi al pasar, como algo meramente rutinario, tal vez porque en la práctica del hábito no advirtieran gesto, actitud o modalidad algunos que merecieran la atención. Precisamente, fundados en esta circunstancia es que conjeturamos acerca de la probabilidad de vigencia simultánea de dos formas de consumir el tabaco (mediante el empleo de la pipa); una compleja, de carácter ritual que daba lugar a una ceremonia singular, y otra simple y sencilla, según y como se la conoce de ordinario.

La primera, de manera especial, fue detenidamente observada y puntualmente conservada para la posteridad por Benjamin F. Bourne, marino norteamericano que en 1849 fue capturado por una banda aónikenk en la costa de Posesión (estrecho de Magallanes), permaneciendo con ellos por varios meses, circunstancia que le permitió imponerse sobre sus costumbres en una época en que el fenómeno de la aculturación todavía no estragaba la vida indígena, como ocurriría algunas décadas después.

"Se reunía un grupo de una docena o más, a veces en un wigwam, a veces al aire libre. Una vasija hecha de un pedazo de cuero doblado en forma de plato hondo mientras estaba fresco y después endurecido o a veces un cuerno de vacuno, lleno de agua, se coloca en el suelo. Se llena una pipa de piedra con raspaduras de una madera semejando ébano amarillo² mezclado con tabaco finamente cortado. El grupo se postra de plano boca abajo en un círculo, con sus capas levantadas hasta el tope de sus cabezas. Se enciende la pipa. Uno se la lleva a la boca e inhala tanto humo como es capaz de tragar, los otros la toman en sucesión, hasta que todos han sido satisfechos. Al tiempo en que el segundo fumador está totalmente cargado, el primero comienza con una serie de gemidos y gruñidos, con un ligero temblor de cabeza, con el

¹ Algunos de estos compuestos son alcaloides activos desde el punto de vista biológico, según nos ha informado el Dr. Víctor Fajardo, del Laboratorio de Química Orgánica, Facultad de Ciencias, Universidad de Magallanes, investigador al que se debe el descubrimiento y determinación de los mismos.

² Se trata del calafate, ya mencionado, el único arbusto con madera amarilla en el territorio magallánico.

humo escurriendo de sus narices. Pronto los quejidos se hacen generales y más fuertes, hasta que llega a ser un horrible aullido, como para asustar a hombres y bestias. El ruido gradualmente muere. Quedan un corto tiempo en profundo silencio, observado con la más profunda y devota seriedad. Al fin todos se levantan y se dispersan lentamente" (1853:93-94).

Las descripciones de Coan y Musters son concordantes con la transcrita. Así, el primero consigna: "Cada cual se llena la boca de humo, y poniendo la Cabeza cerca del suelo, y cubriéndosela completamente con su manto, lo echa gradualmente por las narices, hasta que casi se sofoca y emborracha" (1939:142). Musters, a su turno, cuenta: "La manera corriente de fumar es ésta: el fumador enciende su pipa y luego se tñende en el suelo, y después de soltar una bocanada de humo a cada uno de los cuatro puntos cardinales, y de mascullar una oración, se traga unas cuantas bocanadas, lo que lo embriaga y le causa una insensibilidad parcial que dura tal vez dos minutos. Entretanto, sus compañeros procuran cuidadosamente no molestarlo de ninguna manera. Cuando la cosa ha pasado, el hombre se levanta, toma un trago de agua y reanuda su conversación o su trabajo. Se ha presenciado casos en que esta intoxicación estaba acompañada de convulsiones, pero esos casos eran muy raros" (1964:249-250).

La prueba de la amplitud geográfica de la influencia mapuche se confirma, más allá del ámbito aónikenk, con las descripciones igualmente concordantes referidas a los sucesos semejantes observados por Guinnard en 1856 entre los pampas, por Cox en 1863 entre los manzaneros y por Claraz en 1865 entre los tehuelches septentrionales.

Estos son sus respectivos testimonios:

"Después de su comida [el indio] prepara un poco de tabaco con fiemo de caballo o vaca, llena una pequeña pipa de piedra, fabricada por él mismo, se acuesta boca abajo, fuma siete y ocho bocanadas, una tras otra, que sólo arroja por las narices cuando ya no le es posible conservar el humo por más tiempo. Entonces su aspecto es horrible. No se ve más que el blanco de sus ojos que se dilatan hasta el extremo de que se pudiera creer se le van a salir de las órbitas; la pipa se le cae de los labios, que no puede sujetarla ya; las fuerzas le abandonan, queda sumido en una borrachera parecida al éxtasis, y agitado por movimientos convulsivos que le hacen roncar ruidosamente, al mismo tiempo que arroja de su boca entreabierto abundante saliva, sus pies y manos ejecutan movimientos semejantes a los de un perro cuando está nadando.

"Este abominable estado de voluntario embrutecimiento hace las delicias de los indios, y es

objeto de sus respetuosas simpatías, pues, en vez de turbar al fumador, le traen agua en un cuerno de buey que clavan en la tierra a su lado. Según costumbre, también a su Dios hacen participar de su regocijo, pues le ofrecen previamente tres o cuatro bocanaditas de humo acompañadas de una oración mental.

"Después de beber el agua que le han traído, el fumador da media vuelta sobre sí mismo, y queda tendido boca arriba para entregarse momentáneamente al sueño; las mujeres y hasta los niños toman parte en este placer sin que nadie piense en oponerse a ello" (1945: 48-52).

"Lenglier habiendo notado que la forma de sus cachimbas no era apropiada para fumar a caballo, les ofreció [a sus compañeros indios] un poco de tabaco i cebó la suya invitándoles a fumar para dar tiempo a la jente que llegase: Lenglier que es un encarnizado fumador me decía que desde ese instante tuvo mala idea de los indios, porque no sabían fumar: dieron dos pitadas, medio se embriagaron, guardaron silencio por algún tiempo, escupieron veinte veces, apagaron la cachimba (tenía solo una para los dos), i montaron a caballo diciendo *amui, amui* [vamos, vamos]" (1863:82).

"Es curioso cómo les gusta [a los indios] todos los estimulantes y estupefacientes. No fuman para pasar el rato como los españoles haraganes, o para saborear un buen tabaco. Siempre mezclan el tabaco con un poco de madera y absorbiendo el humo, fuman un poco en sus pequeñas pipas para aturdirse, después de haber ofrendado algunas bocanadas a su Dios. Se echan de barriga, tragan el humo y quedan pronto aturridos. A veces caen en débiles convulsiones, la saliva se escurre de la boca (babasean); la pipa se les cae y quedan algunos minutos en un estado de inconsciencia. Algunos hasta se descomponen y se sienten indispuestos, pero no por eso abandonan la costumbre, sobre todo cuando viajan. Curuhuinca era muy apasionado. A menudo seguía sosteniendo la pipa para seguir fumando, pese a que ya empezaba a quedar aletargado. Además, es también costumbre que, cuando un individuo se queda adormecido, el vecino le quita la pipa y sigue fumándola. Una pipa, a pesar de ser pequeña, alcanzaba siempre para tres: Curuhuinca, Hernández y Vera. En cambio, Manzana fumaba él solo toda la pipa de su propiedad. El uso diario de estimulantes hace que por lo regular, si no se aumenta la dosis, dejan de tener efecto sobre nuestro organismo. El fumador principalmente se siente mal, pero pronto se acostumbra y no le hace ya nada. Me llamó la atención que entre los indios, la misma porción surte sin embargo efecto todos los días. Al levantarse, fuman; y luego en el camino, hacen generalmente un alto para fumar. Al llegar vuelven a fumar, y al atarde-

cer nuevamente, y sin embargo, la pipa produce siempre su efecto. En los indios viejos como Manzana, el aturdimiento parece ser sólo de muy breve duración" (1988:88).

Detalles más o menos, está claro que la mapuche debía ser una forma compleja, asociada originalmente con ceremonias de contenido mágico o religioso, como se advierte por las bocanadas hacia los puntos cardinales a manera de expresiones de carácter propiciatorio que se acompañaban con alguna plegaria o invocación. El hecho de que no todos los informantes sean concordantes en este aspecto nos lleva a suponer que en la práctica cotidiana las formas solían diferir un tanto del modelo, circunstancia que interpretamos bien como una suerte de inobservancia voluntaria o como una manifestación de relajación de costumbres aneja al proceso de aculturación de los indígenas de la Patagonia.

Por otra parte, dada la complejidad del ritual fumatorio aborígen, era probable que el mismo tuviera que espaciarse necesariamente a lo largo de la jornada, como lo sugieren las descripciones de Guinnard y Claraz. Así entonces, su práctica pudo tener un carácter restrictivo, limitado por tanto a ocasiones o circunstancias determinadas (v.gr. fumada matutina, recepción de visitas).

Es curioso que observadores como los capitanes King y Fitz Roy que trataron larga y repetidamente con los aónikenk de San Gregorio entre 1826 y 1834, dejaran constancia expresa de la afición que mostraban estos indígenas por el tabaco, no así de la forma de fumar, lo que nos conduce a suponer que los mismos emplearan tal vez la modalidad habitual entre los civilizados y que, por tanto, la forma mapuche se habría hecho más común sólo a partir de mediados de los años 30.

También pudo ocurrir que las ansias por fumar cuando viniera en ganas condujera en algunos al empleo de un procedimiento más sencillo, como era el foráneo, eliminándose o disminuyéndose la ritualidad para conservarse únicamente el disfrute de la aspiración del humo del tabaco y más sus consecuencias enajenantes sobrevinientes. Esta forma simplificada habría acabado por imponerse, refundiéndose en la práctica con la autóctona. En este contexto deben entenderse las frecuentes referencias de Musters, Schmid, Jiménez de la Espada y otros informantes contemporáneos acerca del hábito de fumar, sin explicitarse la forma y más bien dándose a entender su sencillez. Esto es más patente todavía a partir de 1870, cuando todas las noticias sobre la materia excluyen cualquier agregado o comentario que permita suponer la continuidad de empleo de la forma compleja de origen mapuche.

De allí que, concluimos, en la misma medida que la progresiva transculturación llevaba

conigo la modificación o la pérdida de variados usos tradicionales, mutara la forma de practicar el hábito de fumar, inclusive al punto que, mientras el siglo avanzaba hacia su término, se abandonaba progresivamente el uso de un utensilio tan apreciado como era la pipa, para emplear finalmente el cigarro. Es el caso mencionar que ya en 1883 el explorador italiano Roncagli que hacía el trayecto por las pampas entre Punta Arenas y Santa Cruz, observó en el paradero de Coy-Aike (valle inferior del río Coyle) a un mocetón de quince años que fumaba un cigarro. También resulta llamativa la ausencia de toda mención al hábito de fumar en las relaciones que dan cuenta de encuentros o del extenso trato que tuvieron otros informantes fidedignos del tiempo final del período histórico de la etnia aónikenk. Tales los casos de William Halliday, inmigrante malvinero que se estableció en 1885 como colonizador ganadero en la costa norte del río Gallegos (Hill Station) y convivió larga, íntima y amistosamente con los indígenas que solían deambular por la comarca. También el del explorador norteamericano Charles W. Furlong, quien conoció y trató con algunos tehuelches meridionales durante la excursión realizada por el sur de Santa Cruz en 1908.

Interpretamos esas omisiones como el reconocimiento implícito a una forma de fumar rutinaria y corriente, por tanto ajena a cualquier ritual, más que a la no vigencia de la misma entre los indígenas.

LAS PIPAS EMPLEADAS POR LOS AONIKENK

El primer utensilio que emplearon los indios para fumar fue la pipa corriente usada en Europa durante el siglo XVIII.

Hasta donde sabemos, la industria correspondiente adquirió desarrollo en Holanda durante el siglo XVII, país al que la técnica de fabricación había sido llevada por algunos artesanos ingleses que habían escapado de las persecuciones religiosas. En cuanto a su forma, las pipas se fabricaban siguiendo un patrón común definido por un tazón alargado, de una capacidad media entre cuatro y cinco centímetros cúbicos, que mantenía una posición de ángulo ligeramente abierto respecto del eje de la cánula, parte esta que terminaba en la boquilla. Este modelo estándar admitía variaciones en lo que se refería a la diferente calidad del material empleado (caolín), al grado de cocción, pulimento y terminaciones. Así, había pipas sencillas y ordinarias, y otras finas, con marcas, números, adornos y grabados incisos o en sobrerrelieve.

La industria adquirió proporciones, especialmente en la ciudad de Gouda que pasó a ser el

centro de la actividad en los Países Bajos, y las pipas se exportaron a otras regiones europeas y también a América. Sin embargo de su ejercicio durante largo tiempo, el monopolio virtual de los holandeses terminó por desaparecer ante el surgimiento de industrias del ramo en Inglaterra, Francia y Alemania, circunstancia que no significó modificaciones en los patrones de diseño de los productos, aunque sí variaciones decorativas que facilitarían su ulterior identificación de origen y época de fabricación.

Es posible que las pipas utilizadas por los marineros fueran de modelo sencillo y calidad ordinaria, y que a esta clase correspondieran las piezas que se regalaron a o se trocaron con los aónikenk de la costa del estrecho de Magallanes. Ello, por supuesto, no excluye la posibilidad de existencia en las naves de otros modelos algo más elaborados y, por cierto, de mayor valor.

En cuanto a las pipas de factura indígena, se conocen varias monografías descriptivas, en particular para las que fueron empleadas en la Patagonia. En este aspecto seguimos el estudio de Omar Gancedo, referido a las pipas tehuelches de las colecciones "Francisco P. Moreno" y "Estanislao S. Zeballos" que se conservan en la sección etnográfica del Museo de La Plata (Argentina).

Este autor definió cuatro tipos o formas estándares a los que es posible adscribir las piezas conocidas: a) cuerpo base o plataforma basal con apariencia de cuña semiesférica "a la que se ha practicado un corte en plano vertical en los extremos y un corte en plano horizontal en su parte central" (1973:51), b) cuerpo base cuneiforme, de lados ligeramente curvados, "cuya parte posterior [...] presenta un corte parcial por caras que da lugar a que se forme un cuerpo cilíndrico independiente del cuerpo base, que se denomina boquilla fija" (id. p. 52); c) cuerpo base "que tiende a formar cuerpos mixtos que se pueden asimilar a prismas" (id. p. 54); y d) cuerpo tubular. En todos los tipos el hornillo es de forma cilíndrica y con altura variable de sus bordes respecto del cuerpo base. Su capacidad parece haber sido semejante a la de las pipas europeas. Los tamaños de los cuerpos bases (longitud) promedian los 6 cm, con un máximo de 9,6 cm y un mínimo de 3,7 cm. El material empleado para la fabricación del cuerpo base podía ser piedra, arcilla o madera, siendo preferida la primera porque garantizaba una duración indefinida, seguida por la madera. La arcilla tenía a su favor la facilidad de su trabajo, pero en cambio presentaba la desventaja de su fragilidad y por tanto era de corta vida útil. En ocasiones solía agregársele al cuerpo base adornos de metal, por lo común de plata y aun, excepcionalmente, borlas de lana, como lo observó Fitz Roy (1933:200).

Bourne informa que las pipas se fabricaban sobre una piedra roja dura (probablemente arcillita) y que el tazón se excavaba con cualquier objeto y herramienta de hierro o acero que los indios tuvieran a mano. Ibar, a su tiempo, hizo notar que estos utensilios estaban muy bien hechos. En cuanto a las de arcilla, Musters proporciona algún detalle al indicar que se las confeccionaba con material muy fino y se las moldeaba a mano, tras lo cual se las cocía en las cenizas.

Respecto de la boquilla o cánula, los mismos informantes aportan noticias acerca de su forma y fabricación. Bourne, que es el que más pormenoriza, da cuenta que era un tubo de cobre o de bronce (también de plata, según Lista), de unas dos pulgadas de largo, que se insertaba en el cuerpo base. Esta boquilla se confeccionaba doblando o martillando una placa metálica previamente cortada a la medida deseada, al rededor de un palo redondo. La juntura longitudinal se sellaba con una sustancia glutinosa espesada con tierra³.

Expertos artífices en metal como habían llegado a ser los aónikenk, la descrita debió ser la forma más corriente de fabricación de cánulas, pero Ibar agrega un antecedente novedoso al mencionar que se las confeccionaba con un cálamo de pluma de ñandú o con un trozo de tallo de la parrilla (*Ribes magellanicum*) modalidad que entendemos como sucedáneo de emergencia cuando se extraviaba o rompía una boquilla metálica y no había otros materiales a mano para su reemplazo. Musters menciona asimismo la pluma de avestruz (posiblemente el raquis), pero como elemento para limpiar la nicotina que se acumulaba en las paredes de la cánula.

Las boquillas tenían una longitud variable, entre 7 y 10 cm, de los que aproximadamente 1 a 2 correspondían al segmento que se insertaba en el cuerpo base. El diámetro medio del tubo oscilaba entre 4 y 8 mm.

Resulta casi obvio mencionar que las pipas eran objetos de gran aprecio, casi excepcional, para sus dueños. Estos consentían en prestarlas mientras se fumaba, pero por lo común rehusaban venderlas, salvo a un precio exorbitante, como lo advirtió el naturalista Enrique Ibar. Esa, tal vez, podría ser la razón por la que estos objetos han sido tan infrecuentes en las colectas arqueológicas.

LA EVIDENCIA ARQUEOLOGICA

Correspondió al Dr. Junius Bird el hallaz-

³ El botánico señor Edmundo Pisano, del Área de Biología del Instituto de la Patagonia, Universidad de Magallanes, opina que esta resina se obtenía de la mata verde (*Lepidophyllum cupressiforme*), arbusto de la familia de las Compuestas que es común en suelos arenosos del área oriental de Sudpatagonia.

go de las primeras evidencias -específicamente de pipas- que documentan el hábito que se considera. Sensiblemente este recordado investigador dejó únicamente una referencia general sobre los materiales culturales correspondientes al período histórico (mediados del siglo XVIII en adelante), lo que nos priva de una información ciertamente interesante.

De allí que los restos materiales conocidos corresponden principalmente a hallazgos recientes realizados durante las actividades prospectivas y de reconocimiento del Área de Historia del Instituto de la Patagonia, Universidad de Magallanes, especialmente en los paraderos tradicionales de San Gregorio y Dinamarquero.

El primero de estos paraderos, dada su situación litoral en el estrecho de Magallanes, fue el lugar habitual de contactos entre los aónikenk y los europeos o foráneos en general y, por lo tanto, debía necesariamente conservar rastros de tan sostenida relación intercultural. En efecto, así ha sucedido.

El primer hallazgo de interés se dio en octubre de 1989 durante el desarrollo del proyecto "Estudio de asentamientos indígenas históricos" (F3-02H-88), correspondiente al Programa de Arqueología Histórica. El material colectado correspondió a 16 fragmentos de pipas de caolín, partes de tazones y boquillas de procedencia alóctona, ubicados en una excavación (cuadrícula F) hecha bajo la capa vegetal, aproximadamente a 7 cm de profundidad. Posteriormente, en gabinete, se unieron algunos fragmentos y se pudo reconstituir un tazón completo, la mitad de un segundo, incluyendo un segmento de boquilla y partes de otros dos, además de otros tres segmentos de boquillas, dos de ellos incluyendo la parte terminal (Fig. 1), (N^os. 41.006/12 Colección Secc. Arqueología).

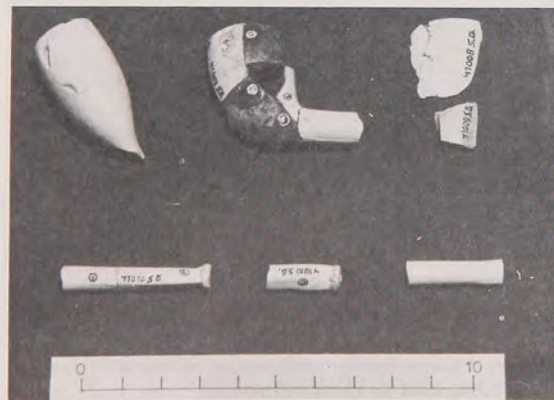


Fig. 1. Tazones, partes y boquillas de fabricación europea.

Las características de forma, estilo y material de estos restos denotan su pertenencia a pipas de fabricación europea en uso durante el siglo XVIII y, posiblemente, hasta los comienzos del XIX. Este material tiene correspondencia temporal y estilística y por tanto es comparable con el recuperado en otros sitios arqueológicos históricos americanos: una pipa, determinada como de procedencia francesa encontrada hace algunos años en el lugar de emplazamiento de la Colonia Floridablanca fundada en 1782 (Puerto San Julián, Provincia de Santa Cruz, Argentina), tazones y otros fragmentos encontrados en 1985 en un asentamiento indígena (haush) situado en la costa de la bahía Valentín (Tierra del Fuego, Argentina), determinados como de procedencia inglesa y cuya posible época de fabricación ha sido situada entre 1790 y 1800; también, en el sitio de emplazamiento español de Santa Rosa (Pensacola, Florida, Estados Unidos de América) fundado en 1719 y capturado por los franceses ese mismo año, para pasar a manos de los británicos después, volver nuevamente a la de aquéllos y quedar de modo definitivo en las de éstos en 1763. Los tazones de pipas recuperados son de fabricación holandesa e inglesa, ambos del siglo XVIII; y, por fin, tazones encontrados en las excavaciones de plantas de antiguas habitaciones en la propiedad que fuera de George Washington, en Mount Vernon (Virginia, EE.UU. de América), correspondientes a la segunda mitad del siglo XVIII. Las formas mencionadas, como las de San Gregorio, son semejantes a las observadas por el autor en el museo de una antigua fortaleza francesa de la ciudad de Quebec (Canadá).

Tanto los restos encontrados en San Gregorio como en los demás sitios mencionados se ciñen al patrón de fabricación descrito precedentemente. Así, queda suficientemente corroborado el empleo de pipas de origen foráneo por los aónikenk durante la fase inicial de la adopción del hábito de fumar tabaco.

En lo que respecta a pipas de factura indígena, sólo se registra el hallazgo en superficie en el sitio de Dinamarquero, en un sector erosionado, de un trozo correspondiente a la parte posterior inferior de un cuerpo base de una pipa de cerámica, que muestra el agujero de inserción de la boquilla con un diámetro de 9 mm. En el trozo descrito llama la atención la suavidad de la terminación de los lados y la base, lo que supone un trabajo de pulimento tal vez posterior a la cocción al fuego. La forma que sugiere el trozo permite adscribirlo al tipo a) de Gancedo mencionado antes (Fig. 2), (N^o 40.778 Colección Sección Arqueología).

Mayores han sido las evidencias encontradas en lo referido a boquillas metálicas, de las que seis proceden del sitio de San Gregorio, todas



Fig. 2. Trozo de cuerpo base de una pipa indígena de arcilla.

confeccionadas en bronce (Fig. 3). Además, en este mismo sitio, así como en el de Dinamarquero se hallaron plaquetas o preformas rectangulares del mismo material, con las que se fabricaban las cánulas.



Fig. 3. Boquillas de bronce de fabricación aónikenk (Cortesía del Sr. Hans Rohers).

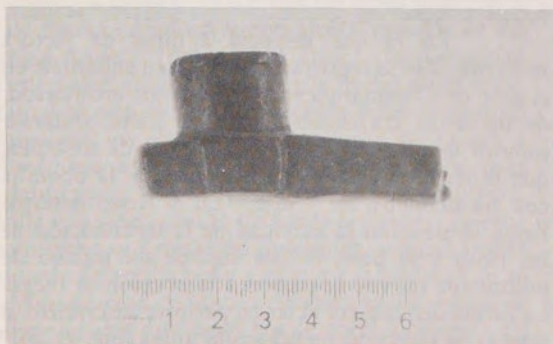


Fig. 4a. Cuerpo base de una pipa de manufactura indígena (vista lateral). (Cortesía Museo Nacional de Historia Natural).

Finalmente, aunque la procedencia no corresponda a trabajos arqueológicos, cabe hacer mención a dos pipas indígenas (un cuerpo base y una pipa completa), que se hallan depositadas en el Museo Nacional de Historia Natural y que integran la Colección "Jorge C. Schythe", así denominada en recuerdo al gobernador de la antigua Colonia de Magallanes, quien hacia 1856 le hizo llegar al Dr. Rodolfo A. Philippi, una cantidad de material etnográfico, principalmente de procedencia aónikenk, en calidad de donación.

Una de estas pipas (N° 530 de la colección mencionada), mide 6 cm de largo por 3 cm de ancho máximo, está confeccionada al parecer en arcilla y se adscribe al tipo c) de Gancedo (Figs. 4 a y b). La segunda pieza (N° 533), es de piedra, mide 5,8 cm de largo por 3,4 cm de ancho máximo, y corresponde al tipo a) del mismo autor. La boquilla metálica tiene una longitud de 5 cm, con lo que el largo total de la pipa alcanza a 11 cm (Figs. 5 a y b).

Más interesante todavía son las pipas que integran la colección etnográfica aónikenk del Museum Für Völkerkunde de Berlín, importante y valioso conjunto formado por el mencionado Schythe durante su permanencia en el territorio (1853-1864), y posteriormente vendido a dicho centro científico.

Se trata de cuatro pipas cuyas forma corresponde al tipo a) de Gancedo, confeccionadas sobre madera y profusamente decoradas con placas y figuras recortadas de metal (plata y bronce), tanto en el cuerpo base, como en el hornillo, incluyendo la boca del mismo, y provistas de boquillas igualmente metálicas.

Las medidas particulares de estas piezas son las siguientes:



Fig. 4b. Cuerpo base (vista de arriba). (Cortesía Museo Nacional de Historia Natural).

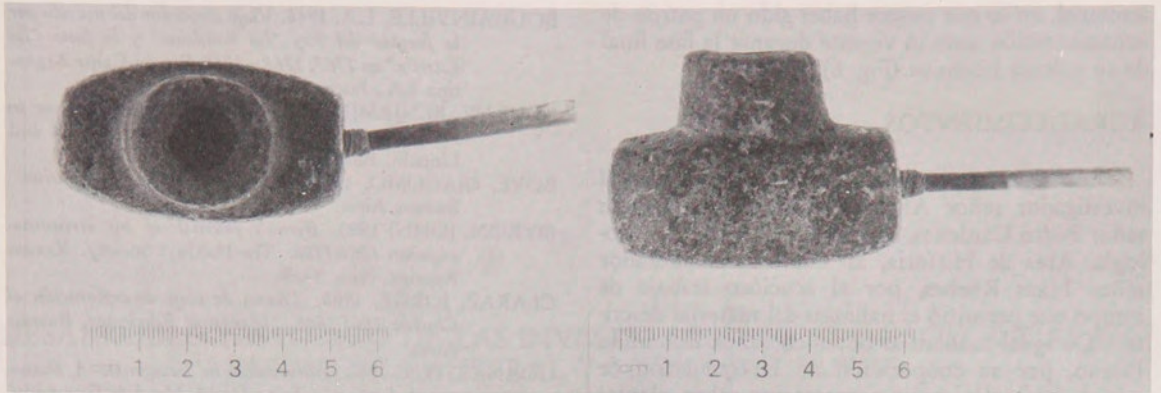


Fig. 5a. Cuerpo base de una pipa indígena de piedra (vista de arriba). (Cortesía Museo Nacional de Historia Natural).

Fig. 5b. Cuerpo base (vista lateral). Obsérvese la forma de inserción de la boquilla (Cortesía Museo Nacional de Historia Natural).

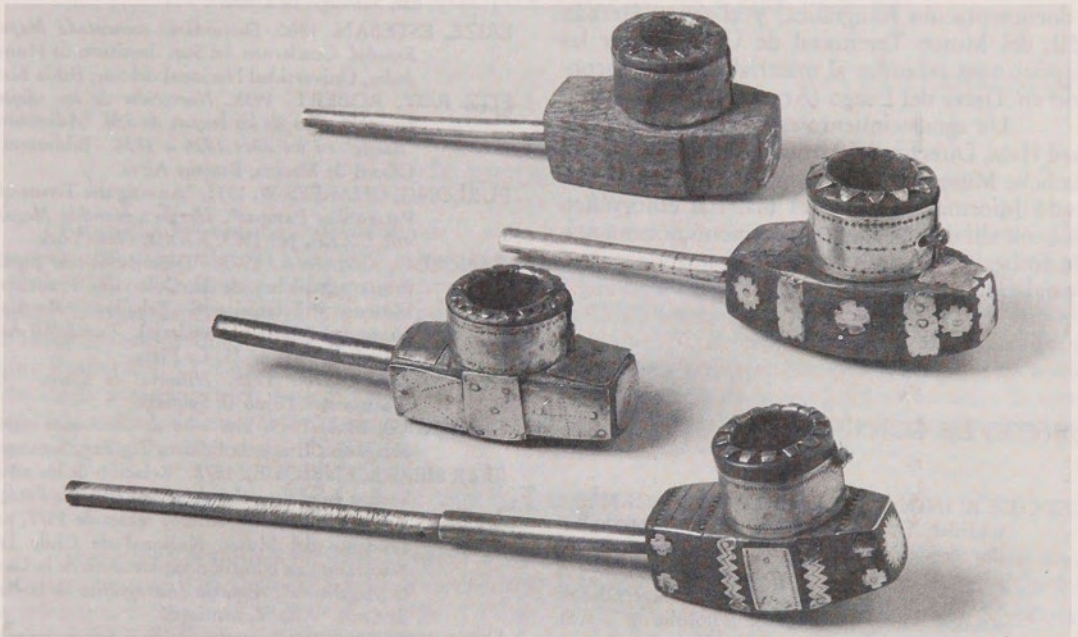


Fig. 6. Pipas aónikenk confeccionadas sobre madera con adornos metálicos (N^os. catálogo VC-86/89). Fotografía Dietrich Graf. (Reproducción por cortesía del Museum für Völkerkunde, Staatliche Museen zu Berlín).

Largo Total	Largo cuerpo base	Ancho	Alto
VC 86+10,8 cm	5,8 cm	2,5 cm	3,7 cm
VC 87 19,9 cm	5,8 cm	2,6 cm	4,1 cm
VC 88 13,3 cm	5,8 cm	3,0 cm	4,3 cm
VC 89 13,5 cm	6,6 cm	3,4 cm	4,5 cm

+ Número de catálogo

Aunque sabíamos de la habilidad artesanal para el trabajo en metal que llegaron a desarrollar los aónikenk (Cfr. Martinic y Prieto, 1988), no ha dejado de sorprendernos la cantidad y variedad de formas de los adornos: láminas rectangulares de borde aserrado, con incisiones; soles, cruces, zig-zag y figuras indefinibles, cuya sola vista explica el gusto decorativo y el gran aprecio que llegaron a tener por tales objetos. Esta decoración, por otra parte, se corresponde con la empleada en otras expresiones de su arte pictórico y de su manufactura

artesanal, en lo que parece haber sido un patrón de ornamentación común vigente durante la fase final de su cultura histórica (Fig. 6).

AGRADECIMIENTOS

El autor expresa su reconocimiento al investigador señor Alfredo Prieto y al ayudante señor Pedro Cárdenas, ambos de la Sección Arqueología, Área de Historia, así como al colaborador señor Hans Røehrs, por el acucioso trabajo de campo que permitió el hallazgo del material descrito. De igual manera al botánico señor Edmundo Pisano, por su cooperación en la traducción de textos del inglés y sus comentarios sobre plantas regionales relacionadas con la materia; al señor Hans Niemeyer, Conservador del Museo Nacional de Historia Natural de Santiago, por el suministro de documentación fotográfica, y al señor Hernán Vidal, del Museo Territorial de Ushuaia, por las informaciones referidas al material cultural encontrado en Tierra del Fuego (Argentina).

Un agradecimiento especial para el Dr. Richard Haas, Director del Museum für Völkerkunde, Staatliche Museen zu Berlin, quien gentilmente nos brindó información sobre el material etnográfico aónikenk allí depositado, proporcionó documentación fotográfica sobre parte del mismo y autorizó su publicación.

FUENTES DE CONSULTA

- ACEDO DE REINOSO, TERESA R., PABLO S. CAMERA y HERNAN JULIO VIDAL. 1988 "Bahía Valentin: encuentros en la costa. Resúmenes de las ponencias científicas presentadas al IX Congreso Nacional de Arqueología Argentina. Universidad de Buenos Aires, Facultad de Filosofía y Letras, Instituto de Ciencias Antropológicas. Buenos Aires.
- ARMS, WILLIAM y TITUS COAN. 1939 "Extracto de los diarios de los señores...". *Revista de la Biblioteca Nacional*, tomo III, N° 9: 104-152. Buenos Aires.
- BADANO, VICTOR M. 1945 *Pipas patagónicas de la Colección Alemanni*. Universidad Nacional de Córdoba. Publicaciones del Instituto de Arqueología, Lingüística y Folklore "Dr. Pablo Cabrera". Córdoba.
- BARROS, JOSE MIGUEL. 1988. "La expedición de Narborough a Chile: nuevos antecedentes". *Anales del Instituto de la Patagonia* 18:35-59, Punta Arenas.
- BEERBOHM, JULIUS. 1879. *Wanderings in Patagonia*. Chatto and Windus, London.
- BIRD, JUNIUS. 1988 *Travels and Archaeology in South Chile*. Edited by John Hyslop. University of Iowa Press, Iowa City.
- BOUGAINVILLE, L.A. 1946. *Viaje alrededor del mundo por la fragata del Rey "La Boudeuse" y la fusta "La Estrella" en 1767, 1768 y 1769*. Espasa-Calpe Argentina S.A., Buenos Aires.
- BOURNE, BENJAMIN FRANKLIN. 1853. *The captive in Patagonia or Life among the Giants*. Gould and Lincoln, Boston.
- BOVE, GIACOMO. 1883. *Expedición Austral Argentina*. Buenos Aires.
- (BYRON, JOHN) 1990. *Byron's Journal of his circumnavigation 1764-1766*. The Hakluyt Society. Krauss Reprint, New York.
- CLARAZ, JORGE. 1988. *Diario de viaje de exploración al Chubut 1865-1866*. Marymar Ediciones, Buenos Aires.
- COAN, TITUS. 1880. *Adventures in Patagonia. A Missionary's Exploring Trip*. Dodd, Mead & Company, New York.
- COX, GUILLERMO E. 1863. *Viaje a las regiones septentrionales de la Patagonia 1862-1863*. Imprenta Nacional, Santiago de Chile.
- ERIZE, ESTEBAN. 1960. *Diccionario comentado Mapuche-Español*. Cuadernos del Sur. Instituto de Humanidades, Universidad Nacional del Sur, Bahía Blanca.
- FITZ ROY, ROBERT. 1933. *Narración de los viajes de levantamiento de los buques de S.M. "Adventure" y "Beagle" en los años 1826 a 1836*. Biblioteca del Oficial de Marina, Buenos Aires.
- FURLONG, CHARLES W. 1911. "Among the Titans of the Patagonian Pampas". *Harper's Monthly Magazine*, vol. CXXII, N° DCCXXXII, New York.
- GANCEDO, OMAR A. 1973. "Descripción de pipas de fumar tehuelches de la Colección Francisco P. Moreno y Estanislao S. Zeballos". *Revista del Museo de La Plata* (nueva serie). Tomo VII Antropología N° 51: 47-71, La Plata.
- GUEVARA, TOMAS. 1929. *Historia de Chile. Chile Prehispánico*. Tomo II. Santiago.
- GUINNARD, M.A. 1945. *Tres años de cautividad entre los patagones*. Empresa Editora Zig-Zag, Santiago
- (IBAR SIERRA, ENRIQUE). 1878. "Relación de los estudios hechos en el Estrecho de Magallanes i la Patagonia Austral durante los últimos meses de 1877, por el ayudante del Museo Nacional de Chile Don... Naturalista en comisión exploradora de la Corbeta Magallanes". *Anuario Hidrográfico de la Marina de Chile*. Año V, Santiago.
- LISTA, RAMON. 1975. *Mis exploraciones y descubrimientos en la Patagonia (1877-1880)*. Marymar Ediciones, Buenos Aires.
- MAINWARING, MICHAEL. 1983. *From the Falklands to Patagonia. The story of a Pioneer Family*. London.
- MARTINIC B. MATEO, y ALFREDO PRIETO I. 1988. "Artesanía aónikenk sobre metal a la luz de hallazgos arqueológicos". *Anales del Instituto de la Patagonia* (Serie Cs. Ss.), 18:99-105, Punta Arenas.
- MUSTERS, JORGE CH. 1964. *Vida entre los Patagones Solar*. Hachette, Buenos Aires.
- OMWAKE, H.G. 1965. "White Kaolin Pipe Bowl and Stem Fragments". *Notes in Anthropology*, vol. 10: 41-51. The Florida State University. Tallahassee.
- SCHMID, TEOFILO. 1964. *Misionado por Patagonia Austral 1858-1865*. Academia Nacional de la Historia, Buenos Aires.